

nores; apareció en los reinados de Joás y de Jeroboan II, rey de Israel, *IV Reg.*, xiv, 25, y de Ozías ó Azarias rey de Judá; por consiguiente mas de ochocientos años antes de nuestra era, y parece ser el mas antiguo de los profetas.

Su profecía, contenida en cuatro capítulos, nos dice que Dios le mandó ir á predicar á Ninive; que *Jonás* se embarcó para huir y evitar esta comision. Levantó Dios una tempestad, durante la cual los marineros arrojaron al profeta á la mar, y fué tragado por un gran pescado que despues de tres dias le vomitó en la arena. Entonces *Jonás* fué á predecir á los ninivitas su próxima ruina; hicieron penitencia y Dios les perdonó.

Jesucristo, en el Evangelio, ha propuesto á los judíos el ejemplo de la penitencia de los ninivitas, y añade: « Lo mismo que *Jonás* permaneció tres dias y tres noches en el vientre de la ballena, así el Hijo del hombre ha permanecido tres dias y tres noches en el seno de la tierra. » *Mat.*, xii, 40. Así la profecía de *Jonás* siempre se ha puesto en el número de los libros canónicos y reconocida como auténtica, ya por los judíos, ya por los cristianos; el libro de Tobias parece que alude á ella, xiv, 6.

Mas los incrédulos no han dejado de ridiculizar la historia de *Jonás*, y de considerarla como una fábula; lo mismo hacian antiguamente los paganos. S. Agustin, *Epíst.* 102, q. 6, n. 30. ¿Cómo ha podido ser tragado un hombre por un pez sin quebrantarlo, vivir tres dias y tres noches en el vientre de este animal sin sofocarse? No se necesitaba este milagro. Dios podia convertir de otro modo á los ninivitas. ¿Es creíble que este pueblo diese fe á un extranjero, á un desconocido que venia á predicarle su próxima ruina, y que haya hecho penitencia por esta amenaza? *Jonás* debe ser considerado como un insensato. Tambien contaban las fábulas griegas que Hércules habia sido tragado por un pez.

Respondemos que cuando se trata de un milagro obrado por la omnipotencia de Dios, es ridiculo preguntar cómo ha podido hacerse; saben los naturalistas que hay en el Mediterráneo peces bastante grandes para tragarse un hombre entero, y citan ejemplos de esto. Que el que se tragó á *Jonás* haya sido una ballena ó una lamia, es indiferente. No ha sido mas difícil á Dios hacer vivir á un hombre durante tres dias en el vientre de este monstruo, que el hacer crecer un niño en el seno de su madre. Si no estuviésemos instruidos experimentalmente del modo como

nace un hombre ó un animal, ¿no podríamos persuadirnos que esto era posible? Porque Dios lo hubiera podido hacer de otro modo, ¿se deduce que lo que vemos no es cierto? La historia de *Jonás* es mas antigua que las fábulas de los griegos; estas no han podido servirle de modelo.

El milagro obrado con respecto á *Jonás* no era mas necesario á Dios que cualquiera otro milagro; mas ha sido utilísimo para dar á los judíos anticipadamente un ejemplo de la resurreccion de Jesucristo, para convencer al universo entero del poder de la penitencia, para probar la extension de las misericordias de Dios, para todos los pueblos y todos los hombres sin excepcion. Lo que dicen á Dios los marineros cuando arrojan al mar á *Jonás*; las reflexiones de los ninivitas sobre la misericordia de Dios; el cargo que Dios dirige á su profeta que se queja de esta misma misericordia, son una de las mas tiernas lecciones que hay en la Sagrada Escritura. Demuestra á los incrédulos que Dios nunca ha abandonado enteramente á ninguna nacion, que siempre ha agradecido el culto, las oraciones, los homenajes de todos los pueblos, cuando le han sido dirigidos. Véase la disertacion sobre el milagro de *Jonás*, *Biblia de Avignon*, t. 11, p. 316.

**Jordan**, rio de la Palestina. Se dice en el libro de Josué, c. 3, que para abrir á los israelitas el paso del Jordan y la entrada en la Tierra prometida, Dios suspendió el curso de este rio, hizo volver hácia su origen las aguas superiores, que se levantaron como montaña, mientras que las inferiores corrian al mar Muerto.

Algunos incrédulos han atacado esta narracion. Josué, dicen, hizo pasar el Jordan á los israelitas en el mes de abril, en tiempo de la siega; mas la siega no se hace en este pais hasta el mes de junio; nunca se halla lleno el Jordan en el mes de abril; este pequeño rio no se aumenta sino en los grandes calores, durante el derretimiento de las nieves del monte Libano. Cerca de Jericó, donde se hallaban entonces los israelitas, el Jordan no tiene mas que cuarenta ó á lo mas cuarenta y cinco piés de ancho; es fácil poner en él un puente de tablas, ó pasarlo á vado.

Jamás hubo crítico mas temerario á todas luces. 1º Está probado por los libros de Moisés que las primicias de la siega de cebada se ofrecian al Señor al otro dia de la festividad de Pascuas, por consiguiente el quince de la luna de marzo, y el de la siega de trigo en la fiesta de Pentecostés, que con mucha frecuencia caia en mayo: nuestro mes de

abril era pues el tiempo de la siega.

2º El autor del primer libro de los *Paralipómenos*, xii, 15; el del *Eclesiástico*, xxiv, 36; Josefo, *Antig. Jud.*, I, 5, c. 1, atestiguan lo mismo que Josué, que en tiempo de la siega el Jordan acostumbra á llenar sus orillas. Los viajeros modernos, Doubdan, Thevenot, el P. Nau, Maundrell, el P. Eugenio, un autor del siglo VII citado por Relando, no dan todos la misma anchura al Jordan, porque no todos lo han visto en el mismo tiempo; mas Doubdan, que lo ha visto el 22 de abril, dice que estaba muy profundo, sumamente rápido, próximo á desbordarse, y que entonces tenia un tiro de piedra de anchura. Maundrell le da cerca de sesenta piés; Morison mas de veinte y cinco pasos ó sesenta y dos piés y medio; Shaw treinta varas de Inglaterra ó noventa piés; el P. Eugenio cerca de cincuenta pasos, que hacen ciento veinte y cinco piés. Convienen que en el dia es menos ancho que antiguamente, porque ha socavado su madre; pero nunca ha estado vadeable en el mes de abril, porque entonces los calores son ya muy grandes en la Siria para derretir las nieves del Libano.

3º Los israelitas no estaban acostumbrados á hacer puentes; no tenían ni tablas, ni maderos; un puente tan largo para pasar cerca de dos millones de hombres no era tan fácil de construir, y los cananeos hubieran atacado á los trabajadores. Por último, aun cuando el milagro no hubiera sido absolutamente necesario, Dios es el dueño de hacerlo cuando le place. Refiriendo todo esto Josué, hablaba á festigos oculares; próximo á la muerte, les recuerda los prodigios que Dios ha obrado por ellos, y confiesan que los han visto con sus propios ojos, xxiv, 17. El Salmista dice que el Jordan volvió hácia su origen. *Ps.* cm, 3.

**Jorje de Alga (San)**. Orden de canónigos regulares fundado en Venecia por Bartolomé Colonna el año 1396, y aprobado por el papa Bonifacio IX en 1404. Llevan estos canónigos una sotana blanca, y una capa azul por encima con un capuchon sobre la espalda. En 1570, Pio V los obligó á hacer profesion religiosa, y les otorgó la primacia entre los demás religiosos.

**Josafat**. Es el nombre de un rey de Judá; significa juez ó juicio. Era célebre el valle de Josafat por una victoria que este rey dió sobre los enemigos de su pueblo. *II Paral.*, c. xx. En el profeta Joel, iii, 2 y 12, dice el Señor: « Yo reuniré todos los pueblos en el valle de Josafat, es decir, en el valle del juicio, disputaré contra ellos sobre lo que han hecho á mi

pueblo, y los juzgaré. » No habla el profeta mas que de los pueblos vecinos y enemigos de los judíos; mas sobre el equívoco de la palabra Josafat muchos comentadores se han persuadido que se trataba del juicio final, y que debia hacerse en este valle de la Palestina. Esta es una opinion popular que no tiene ningun fundamento. V. JOEL.

**José**. Hijo de Jacob, uno de los doce patriarcas; su historia, que es referida en el libro del *Génesis*, c. 37 y sig., es muy interesante; pero ha dado materia á un grandísimo número de críticas absurdas, que no prueban mas que la ignorancia y la malignidad de los modernos censores de la Historia santa.

Como han creído hallar semejanza entre algunos acontecimientos de la vida de este patriarca, y las aventuras de algunos héroes fabulosos, han tratado de persuadir que el historiador judío habia tomado su narracion de los escritores griegos ó árabes. No han atendido á que Moisés, autor del libro del *Génesis*, escribió mas de quinientos años antes que todos los autores profanos de que tenemos conocimiento. Justino, que habla del historiador Josefo, despues Trogo Pompeyo, l. 36, no parecen ponerla en duda. Por otro lado se atiene á una multitud de hechos, cuya realidad demuestra. El viaje de Jacob á Egipto, donde es llamado por José; la permanencia que su posteridad hace en aquel pais, y de la que hacen mencion los historiadores egipcios; los dos hijos de José, adoptados por Jacob, que llegan á ser jefes de las dos tribus; los huesos de José, conservados en Egipto durante dos siglos, llevados despues á la Palestina, y enterrados en Sichein, todo esto forma una cadena insoluble que no puede ser un tejido de ficciones.

La mayor parte de las aventuras de José, dicen nuestros críticos, no están fundadas mas que en pretendidos sueños misteriosos. Primero hace que le presagien su grandeza futura; trasportado á Egipto, explica los sueños de los dos oficiales de Faraon, despues interpreta los sueños de este rey, y en recompensa le hace primer ministro. No puede servir todo esto mas que á autorizar la loca confianza que los pueblos ignorantes han tenido en sus sueños en todos los tiempos, y dar lugar á los fraudes de los impostores.

Respondemos que si todos los sueños fuesen tan claros, tan bien circunstanciados, tan exactamente verificados por el resultado como los de que José dió explicacion, seria muy permitido darles crédito. Dios, sin duda, ha podido valerse de este medio para hacer

conocer su voluntad y sus designios cuando lo creia conveniente; mas habia prohibido por medio de Moisés el dar confianza en general á los sueños de los impostores. *Deut.*, xiii, 1 y sig. Jacob y sus hijos al principio no dieron ninguna fe á los sueños de José. Solo el resultado demostró que no eran ilusiones; se dice en el Génesis, xlv, 5, que José se valia de su copa para sacar presagios, y dice á sus hermanos, v. 15: «¿No sabéis que nadie es tan diestro como yo en el arte de adivinar?» Este arte frívolo era ejercitado por un hombre que se nos da por un modelo de sabiduría y de virtud.

Mas el texto hebreo presenta otro sentido, v. 5. El servidor de José dice: «¿No es esta la copa en que bebe mi señor? Adivino hábil, adivinó qué era.» Adivinó cuál habia sido ó dónde estaba. No significan mas las palabras de José; no obraba mal en alegar la ciencia que Dios le habia dado de las cosas ocultas; pero este no era un conocimiento natural ni un arte del que hizo profesion.

Manifiestan admiracion los censores de la Historia santa de que el eunuco Putifar tenia una mujer; tambien tenia una hija, puesto que José tuvo por esposa á Asseneth, hija de Putifar. *Gén.*, xli, 45.

Confunden á dos personajes muy diferentes. *Putifar*, al que fué vendido José, era jefe del ejército de Faraon, *Gén.*, xxxix, 1; y *Putiperagh*, con cuya hija casó, era sacerdote, ó mas bien gobernador de la ciudad de Heliópolis; estos dos nombres no son lo mismo en hebreo.

Segun la observacion de Favorin, el griego *ευνουχος* proviene de *εὐνών* *ἐχειν*, guardar el lecho ó el interior de un aposento; en el principio era este el título de criado de la cámara del rey, y el hebreo *saris* no significa otra cosa. Despues y en las naciones corrompidas fué cuando la envidia de los principes los obligó á hacer mutilar á los hombres para el servicio de su palacio. Así, de que el jefe de la milicia, el panadero y el sumiller del rey se llamen *saris* de Faraon, no se deduce que hayan sido *eunucos* en el sentido dado en la actualidad á esta palabra.

Estos mismos críticos dicen que José cometió una imprudencia, declarando al rey de Egipto que sus hermanos eran pastores de ganado, puesto que los egipcios tenian horror á esta profesion. Mas José tenia sus razones, y no quiso que sus hermanos y sus sobrinos fuesen colocados desde luego en el interior del Egipto y mezclados con los egipcios: los puso en la tierra de Gessen, que era pais de pastos, para que conservasen

con mas facilidad sus costumbres y su religion.

La conducta de José, hecho primer ministro, no ha hallado gracia en el tribunal de los incrédulos; pretenden que, para formar su corte, obligó á los egipcios durante el hambre á que vendiesen todas sus tierras al rey para tener viveres; que tambien los hizo á todos esclavos; que despues tambien los obligó á vender todo su ganado, pero que dejó las tierras á los sacerdotes, porque se habia casado con la hija de uno de ellos, y que los hizo independientes de la corona; que atendió á dar á sus parientes los puestos mas importantes del reino.

Todas estas acusaciones son falsas. La historia contiene solamente que José hizo al rey de Egipto propietario de todas las tierras de su reino; sus vasallos no fueron mas que sus colonos, le daban la quinta parte del producto líquido, y lo demás era para ellos. *Gén.*, xlvii, 24. En un país tan fértil como el Egipto era lijerísimo este impuesto; no hay una nacion que no se creyese muy feliz de tener solo semejante tributo. Cuando se dice que José hizo esclavos á los egipcios, se juega con una palabra. El hebreo *hebed*, esclavo, significa tambien *subdito*, vasallo, servidor. Cuando los hermanos de José dicen al rey: Somos vuestros siervos, *ibid.*, 19; esto no significa: somos vuestros esclavos. ¿En qué sentido puede llamarse *esclavitud* á la condicion de los colonos que no dan mas que el quinto del producto líquido á su señor.

Con la mala inteligencia de otro pasaje se supone que José hizo cambiar de morada á todos los egipcios, y los trasladó de un cabo á otro del reino. *Gén.*, xlvii, 21. Vana invencion. La palabra hebrea que significa *hacer pasar* de un lugar á otro, significa tambien hacer pasar de una condicion á otra, cambiar la suerte de una persona. José cambió la suerte ó estado de los egipcios de un cabo á otro del reino, y mejoró su condicion. No se sigue de esto que hayan sido desalojados ó trasportados. La Vulgata ha vertido exactamente el sentido del texto.

No compró las tierras de los sacerdotes porque no eran de estos; el rey se las habia dado; no tenian mas que el usufructo: su estado era todavía el mismo que en tiempo de Herodoto, l. 11, c. 37. ¿En qué sentido son independientes de la corona unos simples usufructuarios? No es cierto que José se haya casado con la hija de un sacerdote; el hebreo *cohen* significa no solo un sacerdote, sino un principe, un jefe de tribu, un hombre distinguido en su nacion. De esto mismo se

deduce que entre los egipcios los sacerdotes tenian un rango considerable; es un hecho del que tambien Herodoto ha sido testigo.

Faraon dice á José hablando de sus hermanos: «Si hay alguno entre vosotros que tenga industria, confíadle el cuidado de mis rebaños.» *Gén.*, xlvii, 6. Sin duda que este empleo no era el mas importante de su reino.

Por último, dicen nuestros críticos, es imposible que una hambre haya podido durar siete años consecutivos en Egipto; sabemos que las inundaciones del Nilo fertilizan esta comarca, que por este medio casi no exige la tierra ningun cultivo. Es imposible que las crecidas del Nilo hayan podido interrumpirse durante siete años; ¿de dónde hubiera podido provenir este fenómeno? El historiador parece ignorar este hecho importante, puesto que no hace de él ninguna mencion.

Esto prueba, segun nosotros, que la Historia santa no dice nada para satisfacer nuestra curiosidad; no refiere los acontecimientos, sino para hacernos admirar la conducta de la Providencia. Deben saber los censores de este libro divino, que cuando las crecidas del Nilo no son bastante abundantes ó lo son demasiado, perjudican del mismo modo á la fertilidad de Egipto. En el primer caso, las aguas no depositan bastante limo para abonar la tierra, y en el segundo no se retiran tan pronto que den tiempo para labrar y sembrar; bien ha podido ser que la inundacion del Nilo fuese excesiva ó insuficiente durante siete años consecutivos.

Podriamos añadir que el historiador hace comprender bastante de qué causa podria provenir el hambre de Egipto, puesto que las siete vacas gordas y las siete flacas, símbolo de siete años de abundancia y siete de esterilidad, que en sueños vió Faraon, salian del Nilo. *Gén.*, xli, 2.

Seria detenernos demasiado en observaciones minuciosas y que no merecen una refutacion seguida; mas bueno es mostrar algunas veces ejemplos de la imprudencia, de la falta de conocimiento y de la poca buena fe que tienen los incrédulos.

**José (San).** Esposo de la Santísima Virgen, padre putativo de Jesucristo. Como la malignidad ha llegado en nuestros dias hasta arrojar sospechas sobre la pureza del nacimiento de nuestro Salvador, han tenido por conveniente el suponer contra toda verdad, que S. José no tenia ni aprecio ni estimacion á Maria su esposa; que miraba mal al niño que habia dado á luz; y el mismo Jesucristo tenia poquisima consideracion á S. José.

Para conocer lo absurdo de todas estas calumnias, basta saber que los Evangelistas deponen lo contrario, y que escribieron en un tiempo en que hubieran sido contradichos por testigos oculares, si hubieran aventurado hechos falsos ó inciertos. Segun su narracion, José, antes de ser instruido por el ángel del misterio de la Encarnacion, y conociendo el embarazo de su esposa, pensó abandonarla, no públicamente, sino en secreto, *porque era justo*; estaba pues persuadidísimo de la inocencia de Maria. Si hubiera tenido sospechas contra ella, prontamente hubieran sido disipadas, ya por la aparicion de dos ángeles, uno de los cuales le reveló el misterio de la Encarnacion, y el otro le mandó huir á Egipto, ya por la adoracion de los magos, ya por los trasportes de alegria de Ana y Simeon cuando Jesus fué presentado en el templo. En efecto, José acompaña á Belen á Maria; es testigo del nacimiento de Jesus y de los homenajes que le tributaron los pastores y los magos; huye á Egipto con la Madre y el Niño; les conduce; está presente cuando es ofrecido Jesus en el templo; les lleva á Nazareth; va todos los años con Jesus y Maria á la festividad de Pascua; busca con ella á Jesus, le halla en el templo; Jesus le dirige la palabra lo mismo que á su Madre; vuelve con ellos á Nazareth; el Evangelio dice que les estaba sumiso. *Lúc.*, ii, 23; *Mat.*, ii. ¿Puede desearse mayor prueba de la union mas íntima, de un cariño mutuo mas constante?

Desde que Jesucristo empezó su mision, el Evangelio no habla ya mas de José; probablemente habia muerto; pero los Evangelistas habian pasado en silencio todo el tiempo de la vida del Salvador que medió desde la edad de doce años hasta la de treinta. Cuando, admirados los habitantes de Nazareth de la doctrina y de los milagros de Jesus, preguntan: «¿No es pues este un artesano, hijo de Maria, hermano ó pariente de Santiago, de José, de Júdas y de Simon? ¿no se hallan todavía entre nosotros sus parientes?» *Marc.*, vi, 3, parece que suponen que S. José, su padre, no existia ya.

En el artículo MARIA veremos, que las demás calumnias forjadas por los incrédulos contra la Santísima Madre de Dios no están mejor fundadas que esta.

La festividad de S. José no se ha celebrado hasta muy tarde en la Iglesia latina; pero es mucho mas antigua entre los griegos.

**Josefitas.** Congregacion de sacerdotes misioneros de S. José, instituida en Lyon en 1636 por un tal Cretenet, cirujano que

nació en Champlitte en Borgoña, que se había consagrado al servicio del hospital de Lyon. El primer destino de estos sacerdotes fué hacer misiones en las parroquias del campo; se encargaron también de la enseñanza de las humanidades en muchos colegios. Llevan el vestido ordinario de eclesiásticos, y son gobernados por un general. *Hist. de las órdenes monásticas*, t. 8, p. 191.

Hay también una congregación de jóvenes, llamadas *hermanas de S. José*, que fué instituida en Puy-en-Velay por el obispo de esta ciudad en 1630, y que se esparció en muchas de las provincias meridionales de la Francia. Estas jóvenes abrazan todas las obras de caridad y misericordia, como el cuidado de los hospitales, la dirección de las casas de refugio, la educación de los huérfanos pobres, la instrucción de las niñas en las escuelas, la visita de los enfermos en las casas particulares, las juntas de caridad, etc. No hacen más que votos simples, de los que pueden ser dispensados por los obispos bajo cuya obediencia viven. Es preciso que también el cirujano Cretenet haya formado la idea de este instituto, porque en muchos lugares estas jóvenes son llamadas *cretenistas*. *Hist. de las órdenes monásticas*, t. 8, p. 186.

**Josefo.** Historiador judío, era de raza sacerdotal y tenía un rango considerable en su nación. Después de haber sido testigo del sitio de Jerusalén y de la ruina de su patria, fué apreciado y colmado de favores por muchos emperadores, y escribió en Roma la *Historia de la guerra de los judíos* y las *Antigüedades judaicas*: los mismos romanos han estimado estas dos obras.

Hallamos en ellas tres pasajes notables. En uno, *Josefo* da testimonio de las virtudes de S. Juan Bautista y de su muerte mandada por Heródes. *Antig. jud.*, l. 18, c. 7. En otro dice, que el pontífice Anano II hizo condenar á Santiago, hermano de Jesús, llamado *Cristo*, y algunos otros á ser apedreados, y que esta acción desagradó á todos los hombres de bien de Jerusalén. L. 20, c. 8. \* [« Anano, dice Josefo, que, como acabamos de decir, había sido elevado á la dignidad de gran sacerdote, era un genio audaz, feroz, de la secta de los saduceos, los más severos de todos los judíos en sus juicios. Se aprovechó del tiempo de la muerte de Festo, y cuando Albino no había llegado aun á reunir un concilio delante del que hizo venir á Santiago, hermano de Jesús, llamado *Cristo*, y algunos otros, los acusó de haber contravenido á la ley, los hizo condenar á ser apedreados. Esta acción desagradó muchísimo á

todos aquellos habitantes de Jerusalén que tenían piedad y un verdadero amor por la observancia de nuestras leyes. Enviaron secretamente al rey Agripa para rogarle que mandase á Anano no intentase nada semejante, no pudiéndose excusar lo que había hecho. Algunos fueron delante de Albino, que había partido entonces de Alejandría, para informarle de lo que había pasado »]. En el tercero, habla de Jesucristo en estas palabras: « En aquel tiempo apareció Jesús, hombre sabio, si hombre debe llamarsele, porque hizo una infinidad de prodigios y enseñó la verdad á todos los que querían oírlo. Tuvo muchos discípulos, tanto judíos como gentiles, que abrazaron su doctrina. Este era Cristo. Pilatos, con la acusación de los principales de nuestra nación, lo hizo crucificar, mas esto no impidió que los que se habían unido á él desde el principio, le permaneciesen fieles. Volvió á aparecer vivo tres días después de su muerte, según la predicción que los profetas habían hecho de su resurrección y de otras muchas cosas que le pertenecían; y aun en el día la secta de los cristianos subsiste y lleva su nombre. » L. 18, c. 4.

Este pasaje es muy favorable al cristianismo, para no levantar la bilis á los incrédulos. Blondel, Lefèvre, y otros protestantes, cuya ambición era desacreditar á los PP. de la Iglesia, han creído á propósito el sostener que este pasaje es una interpolación, un fraude piadoso de algún autor cristiano. \* [Mas si no se admite este tercer pasaje, es necesario considerar también como interpolados los dos primeros relativos á S. José y á S. Juan Bautista, que sin embargo pertenecen necesariamente al texto. De la autenticidad de estos pasajes, que es evidente, resulta la del tercero, porque no se comprende que Josefo haya hablado de S. Juan y Santiago sin hablar de Jesucristo, cuya historia hacía muchísimo más ruido. Una consideración tan decisiva no ha podido contener el cargo de interpolación de los protestantes.] Han acusado á Eusebio de esta infidelidad, porque es el primero que ha citado el pasaje de que se trata. La caterva de los incrédulos no ha dejado de adoptar esta sospecha; algunos autores cristianos se han dejado conmover de sus clamores; la multitud de escritos en pro y en contra han hecho problemática la cuestión.

El que nos parece la ha tratado con mayor cuidado es Daubuz, escritor inglés, cuya obra ha publicado Grabe con este título: *Caroli Daubuz, de Testim. Fl. Josephi, libri*

*duo*, en 8°, Londres, 1706. En la parte 1ª del primer libro, enumera Daubuz los autores modernos, de los que unos han combatido y otros defendido la autenticidad del pasaje de Josefo. Cita después á los antiguos que debían haber hablado de él, y cuyo silencio es un argumento negativo; los judíos que lo han desechado, los cristianos que han dudado de él, y otros que han estado por la falsedad de este pasaje. En la 2ª parte responde á las reflexiones de los que han considerado el testimonio de Josefo como un documento muy indiferente para el cristianismo. En la 3ª examina cuál ha podido ser el sentimiento de Josefo con respecto á Jesucristo, y qué motivos ha tenido para hablar de él ventajosamente. En el 2º libro demuestra, por un exámen continuado de todas las frases y todas las palabras de este célebre pasaje, que no está desnaturalizado, ni arrancado, ni es diferente del estilo ordinario de Josefo; que no solo no está interpolado, sino que no ha podido serlo; que no ha podido ser tan diestro un falsario para forjarlo.

De estas reflexiones es fácil sacar respuestas sólidas y satisfactorias para todas las objeciones de Lefèvre, Blondel y sus copistas.

Dicen: 1º Que este pasaje corta el hilo de la narración de Josefo; que no hay ningún enlace con lo que precede, ni con lo que sigue. Mas demuestra Daubuz con muchos ejemplos, que el método de Josefo no es el de economizar las transiciones ni los enlaces; que muchas veces en los hechos que refiere no hay otra conexión que la proximidad del tiempo. De modo que este sincronismo se halla en el pasaje en cuestión con el que precede y con el que sigue.

2º S. Justino, dicen, S. Clemente de Alejandría, Tertuliano, en su obra *Contra los judíos*, Orígenes, Focio, no hubieran dejado de citar el pasaje de Josefo, si lo hubieran creído auténtico; no solo no hablan de él, sino que Orígenes testifica expresamente que *Josefo* no creía que Jesús fuese Cristo.

Mas aunque S. Clemente, que vivía en Egipto, y Tertuliano, que vivía en Africa, no hubiesen conocido los escritos de Josefo, esto no era de admirar. En tiempo de S. Justino no podían ser muchos los ejemplares de Josefo; el silencio de estos tres PP. no prueba nada; el de Focio no prueba más, puesto que, según la opinión de muchos sabios críticos, no tenemos entera su *Biblioteca*. Orígenes piensa que Josefo no creía que Jesucristo fuese *Cristo* ó el Mesías esperado por los judíos. No se deduce que, según Orígenes, Josefo no haya podido hablar como

lo ha hecho; lo veremos en un momento.

3º En efecto, esta es la grande objeción de los críticos. No puede ser, dicen, que Josefo, judío, fariseo, sacerdote apegado á su religión, haya podido decir de Jesús: *Sin embargo, si puede llamarsele hombre, y era Cristo*; que haya confesado sus milagros, sobre todo su resurrección; que le haya aplicado sobre todo las predicciones de los profetas; esto es todo lo que hubiera podido hacer un cristiano el más convencido.

Dos ó tres reflexiones del autor inglés hacen conocer la debilidad de esta objeción. Observa que en tiempo de Jesucristo, é inmediatamente después, había dos clases de judíos que pensaban de muy diverso modo. Los jefes de la nación, por política, temían la menor revolución que pudiese hacer sombra á los romanos, y agravar el yugo impuesto á los judíos; esto es lo que les hizo enemigos declarados de Jesucristo, de sus apóstoles y del cristianismo. Otros, más moderados, no rehusaban considerar á Jesucristo como un profeta, creer en sus milagros, abrazar su doctrina; pero sin renunciar por esto el judaísmo. Tales fueron los judíos ebionitas. Este modo de pensar debió robustecerse todavía, cuando vieron la ruina de su nación y los progresos del cristianismo; circunstancias en que se hallaba Josefo cuando compuso sus obras.

Por otro lado era afecto á la familia de Domiciano, en la que había muchos cristianos. Lo mismo podemos presumir de Epafrodito, á quien dirige sus escritos, y del mismo Epáfras, del que ha hablado san Pablo en sus cartas. Josefo estaba, pues, interesado en procurar el favor de estos cristianos, hablando honrosamente de Jesucristo. Muy mal ratiocina Lefèvre cuando dice que si Josefo hubiese tenido el lenguaje que se le atribuye, no hubiera respetado tanto las preocupaciones de los paganos; no es á ellos á quienes Josefo tenía el mayor interés de agradar.

Por último, ¿no se da un sentido forzado á sus palabras? Al decir de Jesús, *si se puede no obstante llamarle hombre*, no pretende darlo por un Dios como quiere Lefèvre, sino por un enviado de Dios revestido de un poder superior á la humanidad, tales como habían sido los demás profetas. *Era Cristo*, no significa que era el Mesías esperado por los judíos, sino que Jesús era el mismo personaje que los latinos llamaban *Cristo*, de cuyo nombre habían tomado el suyo los cristianos.

Josefo no confiesa expresamente la resurrección de Jesucristo; sino que dice que Jesucristo apareció vivo á sus discípulos tres

días después de su muerte; y aunque Josefo hubiera convenido expresamente en esta resurrección, no se deduciría nada; los judíos ebionitas no lo negaban. Por la misma razón ha podido decir que los profetas habían predicho lo que había sucedido á Jesús, sin dejar por esto de ser judío.

4º Pretende Blondel que Josefo no ha podido decir con verdad, que Jesucristo era inclinado á los gentiles lo mismo que á los judíos; mas ha olvidado que, según el Evangelio, el centurion de Cafarnaum, cuyo siervo había curado Jesucristo, creyó en él. *Mat.*, viii, 10; que otro creyó lo mismo con toda su familia, *Joan.*, iv, 53; que muchos gentiles desearon ver á Jesús, y que él se contentó con esto, xii, 20. Los apóstoles convirtieron un gran número de ellos, sobre todo S. Pablo; no hay pues nada que no sea cierto en lo que dice Josefo.

5º Mientras que Lefèvre halla mal que Josefo no haya hablado de S. Juan Bautista en este pasaje, Blondel por su parte desecha lo que este historiador ha dicho de él, pues, según su juicio, es demasiado alabado el precursor. ¿Quién podrá satisfacer la extravagancia de semejantes críticos?

6º No necesitamos refutar las acusaciones que forma Lefèvre contra Eusebio; han sido dictadas por la acrimonia y espíritu de partido. Nunca se le ha probado á Eusebio el haber falsificado ó interpolado ninguno de los pasajes de los antiguos autores que ha citado; no hubiera podido cometer una infidelidad, en citar falsamente la obra de Josefo, sin exponerse á la indignación pública. No se conoce ningun ejemplar del texto del autor judío en el que no se halle el pasaje en cuestión.

Que no lo quieran reconocer los judíos modernos, no debe sorprendernos; niegan toda confianza á la historia auténtica de este antiguo escritor, y no la ponen sino en el falso Josefo, hijo de Gorion, llena de fábulas y puerilidades.

Presumimos que si la obra de Daubuz se hubiese publicado antes que Le Clerc hubiese compuesto su *Arte crítica*, este no hubiera osado afirmar tan atrevidamente como lo ha hecho, que el pasaje de Josefo es una interpolación hecha en este historiador por un cristiano de mala fe. *Art. crit.*, 3ª part., sec. 1ª, c. 14, n. 8 y sig.

\* [Añadiremos á la argumentación de Daubuz la de Nonotte, *Dicc. de la religion*, t. 2, p. 384.

1º No se conocía un solo manuscrito antiguo en el que se halle este pasaje tal como

lo hemos referido. ¿Cómo puede ser que ninguno se haya escapado de la interpolación?

2º Se conserva en la biblioteca del Vaticano un antiguo manuscrito que pertenecía á un judío, el que traduciendo á Josefo del griego al hebreo había borrado el texto de que hablamos. Todavía se ve en él la raspadura. ¿Que dirán á esto los críticos y los censores?

3º Eusebio de Cesarea, que vivía ciento cincuenta ó ciento sesenta años después de la muerte de Josefo, cita el mismo texto en su grande obra de la *Demostación evangélica*, por la que prueba contra los judíos el cumplimiento de las profecías en la persona de Jesucristo. Lo cita también en su *Historia eclesiástica*. ¿Cómo, estando la historia de Josefo en manos de los judíos y los paganos, un hombre tan ilustrado como Eusebio ha osado citar un pasaje imaginario? ¿Y no se hubieran levantado contra la suposición todo el paganismo y el judaísmo? No obstante no hay el menor vestigio de ninguna reclamación.

4º S. Jerónimo, que era tan exacto sobre la autenticidad de las obras, Rutin, antagonista de S. Jerónimo, Isidoro Pelusota, y otros muchos autores griegos, sirios, egipcios del IV y del V siglo, refieren el mismo pasaje. ¿Cómo hombres que han venido once ó doce siglos después de ellos, que están apartados del origen de los acontecimientos, nos probarán que todos estos antiguos eran hombres sin discernimiento y sin crítica, y que toda la capacidad estaba reservada á nuestros tiempos?

5º M. Huet, que puede considerarse como el Varron de la Francia, el juicioso M. Valois, Vossio, Spencer, Pagi y otra infinidad de críticos sapientísimos é ilustradísimos reconocen este texto por auténtico. ¿Y qué hombres, en comparación de dos ó tres que lo han sospechado, y estos son Cappel, Blondel y Lefèvre....!]

De lo que acabamos de decir no se sigue que consideremos el pasaje tan disputado como una prueba esencialísima al cristianismo; tan ventajoso nos sería el silencio de Josefo como su testimonio. Este autor no ha podido ignorar lo que los cristianos publicaban con respecto á Jesucristo, sus milagros, su resurrección, ni la acusación que formaban contra los judíos por haber dado muerte al Mesías. Si tenía interés por su nación, ha debido hacer su apología; y si no eran ciertos los hechos asegurados por los cristianos, ha debido demostrar su falsedad.

El silencio guardado en semejantes casos equivale á una expresa confesión y lleva en en sí la convicción.

Malamente los incrédulos han querido triunfar con la pretendida falsificación del texto de Josefo, é insultar la sencillez de los que consideran como auténtico el testimonio que ha dado de Jesucristo.

**Josué.** Jefe del pueblo hebreo y sucesor inmediato de Moisés; siempre se le ha considerado como autor del libro que lleva su nombre, que está colocado en nuestras Biblias después del Pentateuco. En el último capítulo de este libro, v. 26, se dice que Josué escribió todas estas cosas en el libro de la ley del Señor; prueba que puso su propia historia á continuación de la de Moisés sin ninguna interrupción. Lo mismo que Josué ha referido la muerte de Moisés en el último capítulo del Deuteronomio, el autor del libro de los Jueces ha colocado también la de Josué en los últimos versículos del cap. 24. No se ha atendido á estas dos circunstancias cuando se han dividido nuestros libros santos; así el cap. 34 del Deuteronomio debía ser el principio del libro de Josué; y los siete últimos versículos de este estarían mejor puestos á la cabeza del libro de los Jueces.

Nunca se ha dudado entre los judíos ni los cristianos sobre la autenticidad y canonicidad de estas dos obras; el modo cómo están escritas prueba que están redactadas por testigos oculares. Se cita el libro de Josué en el *III Reg.*, xvi, 34, y en el *Eclesiástico*, xlvii, 1.

Sin embargo convienen en que hay en este libro algunas adiciones, como nombres de lugares cambiados, ó algunas palabras para la ilustración, que se han puesto por escritores posteriores; pero además de que estas ligeras correcciones no cambian en nada el fondo de la historia, es una prueba que este libro ha sido leído todos los siglos. Lo mismo ha sucedido con respecto á los autores profanos, y por esto no es menos auténtico el texto.

El libro de Josué contiene la historia de la conquista de la Palestina, hecha por este jefe de los hebreos. En la palabra CANANEOS hemos demostrado que esta invasión no tiene nada de ilegítima, y que no es cierto que Josué haya tratado á los antiguos habitantes con una crueldad inaudita hasta entonces; se condujo según las leyes de la guerra que estaban en uso en todos los pueblos antiguos.

Los incrédulos han hecho otras objeciones contra los milagros de Josué sobre el paso del Jordan, la toma de Jericó, la lluvia de pie-

dra que cayó sobre los cananeos, la detención del sol; responderemos á ellas en otro lugar. Véanse estas palabras.

Hay también un pretendido libro de Josué que conservan los samaritanos, pero que es muy diferente del nuestro; su crónica contiene una serie de acontecimientos mal colocados y mezclados de fábulas, desde la muerte de Moisés hasta el tiempo del emperador Adriano. José Scaligero, en cuyas manos cayó, la legó á la Biblioteca de Leiden. Está escrita en árabe, pero con caracteres samaritanos. Hottinger, que había prometido traducirla al latín, murió sin haber cumplido su palabra. Todo lo que puede deducirse de esta obra es que los samaritanos han tenido conocimiento del libro de Josué, pero que han desfigurado con fábulas su historia; que es muy moderna esta compilación, si el principio y el fin son del mismo autor.

Los judíos modernos atribuyen á Josué una oración referida por Fabricio. *Cod. apocr. vet. Test.*, t. 5.

También le hacen autor de diez reglamentos que deben según ellos observarse en la tierra prometida; se hallan en Selden, *De Jure nat. et gent.*, l. 6, c. 2. Bien se concibe que estas dos tradiciones judaicas no merecen ningun crédito.

**Jovinianistas.** Sectarios de Joviniano, hereje que apareció á fines del siglo IV y á principios del V. Después de haber pasado algunos años bajo la dirección de S. Ambrosio en un monasterio de Milan y en las prácticas de una vida muy austera, Joviniano se disgustó de ella, y prefirió la libertad y los placeres de la ciudad de Roma á la santidad del claustro.

Para justificar su mudanza, enseñó que la abstinencia y la sensualidad eran en sí mismas cosas indiferentes; que sin consecuencia se podía usar de todas las carnes, con tal que se hiciese con acción de gracias; que la virginidad no era un estado más perfecto que el matrimonio; que era falso que la Madre de Nuestro Señor hubiese quedado virgen después del parto, que de otro modo era necesario sostener con los maniqueos que Jesucristo no tenía más que una carne fantástica. Pretendía que los que habían sido regenerados por el bautismo no podían ya ser vencidos por el demonio; que como la gracia del bautismo es igual en todos los hombres y el principio de todos sus méritos, los que la conservasen gozarían en el cielo de una recompensa igual. Según S. Agustín sostenía también, como los estóicos, que todos los pecados son iguales.